

mismo espíritu sembrador, asiduidad y esperanza, con que nos reunimos en esta celebración.

Aquí reconocemos nuestra deuda con los ya desaparecidos, que nos legaron esta tarea y con nosotros la prosiguieron; nos complace reconocérselo con nuestra oración. Los primeros al ver nos dirán con el Apóstol Juan: "Mayor gozo no tengo que el de oír que mis hijos caminan en la verdad" (3Io. 4).

Y nosotros vemos aquí con el Salmista ¡"qué hermosa es y qué placentera la convivencia de los hermanos en unidad" (132). "Adonde hemos llegado nosotros con los filipenses de Pablo, sigamos adelante por los mismos pasos" (3, 16), y con los corintios acojamos su sentido epílogo: "gozaos, trabajad en vuestra perfección, consolaos, tened un mismo sentir, conservad la paz, y el Dios de la caridad y la paz estará con vosotros" (2 Cor. 13, 11).

Y el Rey Fernando desde el cielo nos bendiga.

DISCURSO DE LUIS FERNANDO DE ZAYAS

Nos reunimos hoy para celebrar la festividad de San Fernando, nuestro Patrón. San Fernando rey cristiano por excelencia y modelo de gobernante católico. De San Fernando se pueden decir muchas cosas pero yo creo que hablar de San Fernando es sobre todo hablar de santidad, es hablar de la Cristiandad, es hablar de la forja de España. San Fernando, es para mí, en primer lugar y sobre todo, un santo, uno de los grandes santos de nuestra patria. Hablar de la santidad de San Fernando es hablar de la vida de un hombre que se entrega totalmente a la voluntad del Padre. De un hombre cuya única preocupación es conocer y cumplir la voluntad de Dios Padre. Ya desde joven, al acompañar el féretro de su abuelo Alfonso VIII, comprendió que poco valían las glorias terrenas, que con la muerte todas desaparecerían. Percibe que las únicas ciertas, eran las glorias celestiales y a ellas decide entregar su vida.

Hablar de la santidad de San Fernando es hablar de oración, de penitencia y de Eucaristía, tres prácticas piadosas que jalonan de forma constante la vida de nuestro Santo. Prácticas piadosas en la que San Fernando confiará ciegamente como medios para conocer la voluntad del Padre, para mover la voluntad del Padre cuando piensa que este no le es propicio, y sobre todo para obtener la gracia que le permita ser fiel testigo de Cristo y cumplidor de su voluntad. Oración, penitencia y Eucaristía, caminos seguros hacia la santidad, caminos que él supo apreciar y cultivar y que el hombre actual desprecia y ahorrina. Por eso, él fue santo y el hombre de hoy se aleja cada vez más de Dios.

Hablar de la santidad de San Fernando es hablar de la humildad de un hombre que desde la cima de la sociedad terrenal no busca victorias para su honor y gloria, sino para la Gloria del Padre Celestial. Es hablar de renuncia, de un rey cristiano que se impone y cumple el deber de "no luchar contra príncipe cristiano", porque es tal su amor a la Cristiandad que no concibe la lucha entre hermanos y menos estando el enemigo común tan cerca. Este principio le exigirá renunciar a conquistas legítimas por no alterar a reyes cristianos demastado celosos, exigirá controlar el orgullo y la vanidad ante actuaciones poco nobles de reyes cristianos. Sin embargo todo será poco ante el amor de Dios que siente cercano.

Realmente nos encontramos ante un Santo ejemplar, el único rey santo de España, y como tal lo reconocerán en vida todos sus súbditos. Hablar de la santidad de San Fernando es identificar el motor y fundamento de toda su obra como rey. Obra que podemos resumir en dos grandes empresas: la extensión de la Cristiandad y la forja de la España católica.

Por eso, hablar de San Fernando, es también hablar de Cristiandad. Un hombre que decide entregar su vida a la voluntad del Padre, no puede como rey sino poner su corona al servicio del Rey Celestial. No quiere grandezas, victorias, ni honores para sí sino para su Señor. Y desde que oyera hablar de las gestas de su abuelo en las Navas de Tolosa, sabe que su corona debe estar al servicio de la Cruz. Y ese servicio exige recuperar para la

Cristiandad la España arrebatada por el Islam. No cesará en ese empeño en toda su vida, no conocerá el descanso porque el Señor le había marcado la meta, y un buen cristiano no descansa hasta conseguirla. No importarán las fatigas, las exigencias, los sacrificios que suponga esta tarea, todo le parecerá poco si se compara con el sufrimiento de Nuestro Señor en la Pasión. Y ante esa entrega a la misión, ante esta fidelidad al Padre, ante este amor a la Cruz, el Rey Celestial le concederá el no conocer la derrota en toda su vida, y así, el que inicialmente fuera Fernando III de Castilla y Toledo, morirá como Señor de Castilla y Toledo, León y Galicia, y de Sevilla y de Córdoba y de Murcia y de Jaén. Todo en pro de la Cristiandad y de la Cruz.

Y no satisfecho con haber recuperado gran parte de España para la Cruz, sueña con devolver el cristianismo a la tierra de San Agustín, pero no eran esos los planes de Dios, que en plenos preparativos de la expedición, llama a su leal soldado al reino celestial.

Y si hablar de San Fernando es hablar de santidad, de Cristiandad, es también y sobre todo hablar de España, de la forja de España. Fernando sabe que España es el Cristianismo, que España es la Cruz. San Fernando sabe que hay una Verdad y es sobre Ella sobre la que hay que construir España. Toda su vida soñará con una España unida bajo la Cruz y bajo un único rey. Él no pudo ver su sueño hecho realidad, pero sin su labor no sabemos cuando se hubiera logrado. Él, fiel a su máxima "No quiero victoria para mi honor sino para Dios", se ocupó de sembrar, preocupándose de si será él o no a quien Dios otorgara la gracia de recoger. Su sueño culminará, 250 años después de su muerte, con los Reyes Católicos y la conquista de Granada. Pero esta conquista de Granada, no sabemos cuándo hubiera llegado si no es por el inestimable avance que nuestro Santo dio a la reconquista. Asimismo, no puede entenderse la evangelización de América, la entrega de una nación entera, España, a la evangelización, a la extensión de la Cristiandad, sin el reinado de San Fernando.

Fernando imprimirá a España su carácter evangelizador, su carácter guerrero. Fernando es uno de los primeros artífices de esa España cristiana que solo sabe ver la Cruz en el horizonte, de

la España evangelizadora, de la España valiente y generosa que pondrá por encima de cualquier otra disputa humana a Dios y a la Cruz de Cristo. Y no habrá fatiga, amenaza, guerra y mucho menos promesas de bienestar y riquezas que le hagan renunciar a esos ideales. Evocar esa España que San Fernando comenza a forjar es evocar la España que luego Menéndez Pelayo definirá como evangelizadora de la mitad del orbe, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio. Cuna y reino de San Fernando añadiríamos nosotros. En definitiva cuando uno busca a San Fernando se encuentra con las esencias de España, con la razón de ser de España, con la grandeza de España.

Sin embargo, esa evocación dulce y alegre de San Fernando y su España, se vuelve amarga y triste cuando uno deja la historia y se encuentra con la España actual. Una España actual en donde la "cultura de la muerte", tan denostada y denunciada por Juan Pablo II, campa a sus anchas con cerca de 80.000 abortos al año, una nación donde las administraciones públicas en vez de defender la vida y la moralidad, distribuyen la píldora del día después, fomentan la promiscuidad y atacan sin tregua a la familia, una nación donde se estrenan obras blasfemas, donde el nombre de Dios y de su Iglesia son constantemente atacados, una nación donde el compromiso de los políticos católicos, al estilo de San Fernando, brilla por su ausencia, una nación en donde diariamente se cuestiona su unidad y hasta su existencia.

Una España que renuncia a las conquistas de San Fernando y quiere entregar al culto musulmán la mezquita de Córdoba, que él ganó para la Cristiandad y convirtió en Catedral. Una España que quita a Santiago Matamoros de la Catedral que lleva su nombre, un Santiago, patrón de España, que encarna la obra inigualable de la reconquista a la que San Fernando entregó su vida, un Santiago al que siempre se encomendó nuestro santo al empezar la batalla, al grito de ¡Santiago y Castilla! Y, una catedral, la de Santiago de Compostela, cuyas campanas repican dando gloria a Dios gracias a que San Fernando las devolvió a donde Almanzor las robó. En definitiva una España totalmente

distinta de la que imaginara y comenzara a construir San Fernando. Una nación que quizá San Fernando llamaría "país" al igual que muchos de nuestros políticos actuales. Porque España es otra cosa y no lo que hoy vemos.

Y uno se pregunta, ¿qué nos diría San Fernando, a los españoles de hoy, ante esta situación? Él, como Santo y guerrero, sentiría indignación ante la situación y nos llamaría a la acción como cuando organiza las levadas de sus ejércitos. Nos animaría a devolver a Cristo y a su Iglesia en el lugar que les corresponden, como amigos de Ciudad Católica nos llamaría a promover el Derecho Público Cristiano, a reconstruir esa ciudad de la que habla San Pío X, esa sociedad que señalaba León XIII en que el espíritu del evangelio impregnaba toda la vida social. Sabe que son tiempos difíciles, al igual que cuando él comenzó la campaña de Andalucía. Para animarnos, posiblemente, nos recordaría aquellas palabras de San Pío X: "Dad gracias a Dios por hacernos vivir en tiempos difíciles. Ya no se permite a nadie ser mediocre". Y, finalmente, como gran general en la batalla, nos daría consejos para la acción: poner los ojos fijos en la Cruz de Cristo, avanzar siempre acompañados de Su Madre la Virgen Santísima (que él siempre llevó en el arzón de su montura), confianza ciega en la victoria del Señor y al comienzo de la batalla encomendarse al patrón de España, al grito de ¡Santiago y España!

Pidamos a Dios Nuestro Señor, a través de la intercesión de San Fernando, que desde lo Alto, no olvide a sus hijos, que nos ilumine y dé fuerzas para poder cumplir con esa misión que nuestro santo nos encomienda, y que si el Señor no nos concede, como a él, el gozo de disfrutar de la victoria en esta tierra, victoria que no dudamos llegará, que, al menos, seamos dignos de formar parte en el cielo, junto a San Fernando, de ese grupo de caballeros cristianos que se significaron junto a él en la defensa de Dios, de su Iglesia y de la Cristiandad.

Que así sea.